



Patronato de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

La presente colección bibliográfica digital está sujeta a la legislación española sobre propiedad intelectual.

De acuerdo con lo establecido en la legislación vigente su utilización será exclusivamente con fines de estudio e investigación científica; en consecuencia, no podrán ser objeto de utilización colectiva ni lucrativa ni ser depositada en centros públicos que la destinen a otros fines.

En las citas o referencias a los fondos incluidos en la investigación deberá mencionarse que los mismos proceden de la Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife y, además, hacer mención expresa del enlace permanente en Internet.

El investigador que utilice los citados fondos está obligado a hacer donación de un ejemplar a la Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife del estudio o trabajo de investigación realizado.

This bibliographic digital collection is subject to Spanish intellectual property Law. In accordance with current legislation, its use is solely for purposes of study and scientific research. Collective use, profit, and deposit of the materials in public centers intended for non-academic or study purposes is expressly prohibited.

Excerpts and references should be cited as being from the Library of the Patronato of the Alhambra and Generalife, and a stable URL should be included in the citation.

We kindly request that a copy of any publications resulting from said research be donated to the Library of the Patronato of the Alhambra and Generalife for the use of future students and researchers.

Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife
C / Real de la Alhambra S/N. Edificio Fuente Peña
18009 GRANADA (ESPAÑA)
Tel. (+ 34) 958 027 944
(+ 34) 958 027 945
Fax. (+34) 958 210 235
biblioteca.pag@juntadeandalucia.es

A stylized graphic consisting of two overlapping, light green arches. The top arch is larger and wider, while the bottom arch is smaller and narrower, positioned centrally under the top one. Two horizontal black lines intersect the arches: the upper line passes through the top of the larger arch, and the lower line passes through the top of the smaller arch.

IN MEMORIAM
JORGE LUIS BORGES

JUNTA DE ANDALUCIA
CONSEJERÍA DE CULTURA
Patronato de la Alhambra y Generalife

UNAS PALABRAS PARA BORGES

JOSÉ CARLOS ROSALES

Si buscáramos a un poeta cuyos versos pudieran tener la virtud de figurar en un viejo muro con la humildad necesaria para hacerse sentir sin abrumarnos, para impresionar sin altanería nuestros sentidos y despertar nuestra inteligencia sin ninguna dosis de arrogancia, ese poeta sería el argentino Jorge Luis Borges. Sus poemas, sobre todo algunos de los publicados en sus últimos libros —*La cifra* o *Los conjurados*—, podrían ser un ejemplo cabal de poesía epigráfica o lapidaria, si por esta clase de poesía entendemos aquella capaz de soportar sin titubeo la luz del día y la penumbra de la noche, la insolencia del sol y la desgana de un cielo opaco, el desdén del que pasa sin levantar la vista de la tierra y la devoción del que vuelve a ese muro para releer un poema que tal vez se sabe de memoria. No todos los poemas, ni todos los poetas, resistirían pasar una temporada a la intemperie. Algunos de Borges sí, como ese en el que, bajo el título de *Los justos*, se nos ofrece un catálogo de personas de las que no es necesario añadir nada más que eso, que son justas:

[...]
El que agradece que en la tierra haya música.
El que descubre con placer una etimología.
Dos empleados que en un café del Sur juegan un silencioso
ajedrez

[...]
El tipógrafo que compone bien esta página, que tal vez no
le agrada

[...]
El que acaricia un animal dormido.
El que justifica o quiere justificar un mal que le han
hecho.

[...]
El que prefiere que los otros tengan razón.
Esas personas, que se ignoran, están salvando el mundo”.

Creo que gran parte de la poesía de Borges, en un sentido u otro, siempre aspiró a lucir esculpida en

un friso o en un zócalo. Incluso en aquellos primeros poemas empecinadamente hiperbólicos y argentinos de *Fervor de Buenos Aires* y *Luna de enfrente* puede rastrearse ese tono elemental y sentencioso que toda inscripción que se precie ha de respetar, y así ocurre con el titulado *Calle con almacén rosado*, un poema sujeto a cierto nacionalismo literario que más tarde el propio autor repudió. En sus versos finales se percibe ese carácter lapidario del que hablo:

[...]
no he mirado los ríos ni la mar ni la sierra,
pero intimó conmigo la luz de Buenos Aires
y yo forjo los versos de mi vida y mi muerte
con esa luz de calle.
Calle grande y sufrida,
eres la única música de que sabe mi vida”.

Pero la poesía de Borges no es sólo una poesía con tendencia epigráfica, entre otras cosas porque no es una poesía demasiado fácil o demasiado lineal. Sus páginas y sus versos se cruzan y se enlazan formando una red muy tupida de espejos y correspondencias, de guiños y de ecos que envuelven al lector en un clima mítico y lejano, ese clima que el argentino Borges sabía resumir con eficacia y soberanía insuperables, un clima laberíntico con frecuencia escondido tras la placidez de un paisaje cercano o de un objeto humilde y pequeño, como es el caso de esos patios andaluces en los que desemboca el poema dedicado a la ciudad malagueña de Ronda:

[...]
en la delicada penumbra de la ceguera,
un cóncavo silencio de patios, un ocio de jazmín
y un tenue rumor de agua, que conjuraba
memorias de desiertos”.

La poesía de Borges —y también su prosa, si es que acaso pudiera hablarse por separado de esas dos

caras de una misma moneda— tiene en la figura del laberinto su mejor y más provechoso aliado: una biblioteca infinita, el mapa de un país desconocido, o el viejo códice de un cantar olvidado que hoy nos habla en una lengua arruinada, son los temas más queridos del autor de esa inolvidable *Historia universal de la infamia*. Un autor muy complejo y prudente, ambicioso, saturado de lucidez y cortesía, de modestia aparente, de erudición incorregible. Una modestia hábilmente engarzada con dosis suficientes de ironía, ese recurso que puede perder a los más atrevidos y que en las manos de un tímido congénito como Borges llega a ser una conquista, un tesoro, la combinación secreta de un cofre codiciado.

De la refinada ironía a la broma culturalista y hermética va uno de los muchos caminos por los que transitó el bromista de Borges, un escritor bajo cuya cultivada y compleja apariencia de intelectual serio y responsable se escondía sin éxito un bromista metódico, un bromista culto y educado, abarrotado siempre de referencias literarias rigurosas o falsas, pero siempre verosímiles, siempre admirables. Así era Borges, como una cita culta y refinada, como el poema apócrifo de un escritor huido, como el brillo de una ironía fugaz y deslumbrante. Borges era un curioso aliño de cortesía y de soberbia, de altanería calculada y de sencilla honradez. *¡Qué raro que todo el mundo me tome en serio!*, bromeaba en las entrevistas en un fingido alarde de ingenuidad y asombro. *No sé por qué la gente me cree moderno*, decía para sostener a continuación que *no hay que leer nada que no haya cumplido cien años, porque si algo ha cumplido cien años puede ser bueno, en cambio algo reciente puede ser mediocre*.

En serio o en broma, y a pesar de sus inicios ultraístas en la España de los años veinte junto a su amigo Gerardo Diego, Jorge Luis Borges era realmente un antiguo en el sentido más noble de esta palabra, un antiguo porque sus poemas nos hablan de cosas de las que ya no se habla: de la amistad y del tesón que se desvanece, del azar y de la sangre perdida por domarlo, de los antepasados que nos impulsaron un nombre sin nuestro consentimiento, del futuro inexorable que no queremos ver, de los dioses que se olvidaron de nosotros. Y antiguo también por el lenguaje de sus versos, un lenguaje que no busca la fuerza o el vigor, que sólo quiere inteligencia y lucidez, precisión hiriente, profundidad, visión. Pero precisamente por eso, Borges es más actual que nunca. *Las cosas naturales vuelven siempre*, escribió Unamuno, y las cosas de las que nos hablan los poemas de Borges también vuelven siempre, cada día, quizás nunca se fueron, quizás durarán hasta el fin de los tiempos igual que, según se afirma en un espléndido soneto cuyos versos finales no me resisto a recoger aquí, ocurre con las cosas más comunes:

*[...] ¡Cuántas cosas,
limas, umbrales, atlas, copas, clavos,
nos sirven como tácitos esclavos,
ciegas y extrañamente sigilosas!
Durarán más allá de nuestro olvido;
No sabrán nunca que nos hemos ido”.*

Y entre todas esas cosas más o menos pequeñas, cosas pequeñas y perdurables, podríamos incluir la placa conmemorativa tan valorada en otras épocas y sociedades, y tan torpemente mancillada en esta zona del mundo en la que ahora cualquiera que pronuncia una fácil lisonja se merece una inscripción pública.

Borges estuvo en Granada, en la Alhambra, y, según me ha contado alguien fiable, al despertarse en el hotel le dijo asombrado a María Kodama que, al pensar en los palacios nazaríes, había recuperado el sentido de la vista. Otros comentan que recorrió los jardines y los patios alhambrenos explicándoselos con detalle a su acompañante que, extrañada, le preguntó cómo podía saber lo que tenían delante. Y Borges le contestó: “Aquí, ahora, es como si volviera a ver”. Sea como fuere, lo cierto es que Borges, el poeta ciego, estuvo aquí y que escribió un poema memorable donde se glosaba el tacto y el sonido de los espacios nazaríes. Estos hechos, escribir un poema o desvelar una inscripción conmemorativa, reunirnos para recordar a un poeta excelente o para pasear a la caída de la tarde por esta clase de senderos, nos hace formar parte de una conjura, tal vez la única conjura que vale ya la pena en el mundo, aquella de la que nos hablaba Borges en su poema de *Los conjurados*:

*“Se trata de hombres de diversas estirpes, que profesan
diversas religiones y que hablan en diversos idiomas.
Han tomado la extraña resolución de ser razonables.
Han resuelto olvidar sus diferencias y acentuar sus
afinidades”.*

Así que seamos razonables, y un modo de ser razonables puede ser leer un poema de Borges, dedicar inscripciones a gente respetable y valiosa, pasear por el Generalife. Porque sólo así, siendo razonables, podremos vivir dichosos y no cometer ese pecado del que hablaba Borges, el peor de los pecados, el de no ser felices:

*“Mis padres me engendraron para el juego
arriesgado y hermoso de la vida,
para la tierra, el agua, el aire, el fuego,
los defraudé. No fui feliz. Cumplida
no fue su joven voluntad [...]”.*

Esperemos que la inscripción de este poema que Jorge Luis le dedicó a la Alhambra nos recuerde a su autor, nos recuerde este día, y también nos recuerde que nacimos para ser razonablemente felices. Muchas gracias.

(Palabras pronunciadas en el Generalife
el 10 de junio de 1999)